

JOHNSON, BOSWELL, BORGES, BIOY

“Cada cual debe llevar el diario de algún otro [...] porque nada es tan difícil como juzgar los hechos que nos conciernen personalmente”: esa paradoja de lo autobiográfico enunciada por Oscar Wilde es citada por Adolfo Bioy Casares en uno de los ensayos de su libro *La otra Aventura* (1968). Entre los ejemplos de esa modalidad desplazada del diario íntimo, menciona los que escribieron las mujeres de Kipling y de Stevenson y, en particular, la *Vida de Samuel Johnson* de Boswell, a la que define como “el diario de un escritor, llevado por otro”. El comentario de Bioy, deslizado sin mayor énfasis en una reseña bibliográfica, encierra, sin embargo, una pista o mensaje cifrado: él mismo escribía desde 1947 un diario en el que registraba sus conversaciones con su amigo y coautor Jorge Luis Borges y que sería publicado póstumamente. Ese libro que se extiende por más de 40 años y 1600 páginas (*Borges*, 2006) acerca al afortunado lector una visión del espectáculo de los hábitos mentales de Borges (especialmente su propensión a convertir todo lo que su discurso toca en literatura mediante inesperadas operaciones conceptuales), de su afición a coleccionar anomalías verbales, de su humor disparatado y también de la trama de sus prejuicios y odios.

Los diarios, en la historia de la literatura universal, están asociados, casi por definición, con la introspección y el avance del yo al centro de la escena en el ascenso del liberalismo; autor, narrador y personaje principal coinciden en un único nombre. De hecho, el que Bioy escribió en los últimos años de su vida, y que se publicó en 2001 con el título *Descanso de caminantes*, no difiere de cualquier clásico diario donde se mezclan variopintas observaciones sobre el mundo, reflexiones sobre el paso del tiempo, retazos de introspección y confidencias amoratorias. En cambio, el Bioy que emerge en el libro póstumo es el explorador monotemático de un solo territorio: la oralidad borgeana, capturada a lo largo de cientos de encuentros a la hora de la cena.

Borges no era, cuando el amigo empezó su tarea de “notario” a fines de la década de 1940, la celebridad que fue en la última parte de su vida, cuando periodistas y eruditos lo habían “descubierto”, de modo que el diario, al menos en el comienzo del proyecto, no tiene nada de la reunión oportunista y a veces rencorosa de revelaciones que suelen ser la materia de los libros de allegados a escritores famosos. Tampoco es una biografía escrita para favorecer o acompañar una consagración: el autor prescinde del embellecimiento de su sujeto, a quien cita tanto en enunciados ingeniosos e intelectualmente muy elaborados como en chismes y maledicencias poco aptos para ganar amigos.

Las menciones de libros, de autores, de potenciales libros que podrían derivarse, por inversión o por analogía, de otros libros y hasta de cualquier frase escuchada, componen la materia más peculiar de la conversación Borges-Bioy. Entre esos nombres compartidos brilla el de la dupla Johnson-Boswell, por lo reiterado y por la luz que arroja sobre el proyecto de Bioy. Mientras Johannes Eckermann, que vivió junto a Goethe diez años para escribir una presentación de sus principales ideas es criticado por el impulso docto y reverencial de su libro, Boswell, el *hombre que anotaba todo*, es siempre amistosamente recibido en el sistema de complicidades de los conversadores y es probablemente el nombre más repetido de los muchos que circulan por el libro. En esa insistencia, el texto del diarista ofrece una poderosa clave sobre su propia génesis: paradigmáticamente, la Vida de Johnson escrita por Boswell encarna la posibilidad de “escribir el diario de otro”: la acción de Bioy replica en lo conceptual, ese plan (aunque no en otros aspectos, como el estilo, la organización o el tipo de selección de detalles).

El *Borges* de Bioy, es un proyecto boswelliano pero también tiene algo de menardiano, en cuanto a la tenaz y secreta consagración de su autor a un empeño excéntrico que dura toda una vida. Para su propósito, Bioy tuvo que forjar un estilo, quizás una taquigrafía, fabricarse un hábito, tuvo que mantener un criterio de selección y – para el resultado fuera el que fue – persistir a lo largo de decenas de años. La persistencia en el tiempo define, más que ningún otro rasgo, la singularidad de este diario, uno de los ejercicios más heterodoxos de la narrativa autobiográfica del siglo XX. Ser Boswell en la Londres del siglo XVIII fue la tarea cándida de un frecuentador de talentos deseoso de alcanzar la condición de autor; serlo en el siglo XX, es un plan sofisticado y que no elude lo paródico.

James Boswell publicó en 1791 su monumental biografía de Johnson basada básicamente en las conversaciones que había mantenido a lo largo de su vida con el autor del primer diccionario de la lengua inglesa y que había anotado pormenorizadamente en un diario. Lo que Boswell preserva con toda aplicación incluye no sólo los posibles “pensamientos notables” de Johnson – fuera de sus méritos de lexicógrafo, Johnson no se destacó, por otra parte, por su producción intelectual – sino también un cúmulo de detalles sobre cuestiones varias como el estado de su peluca, sus tics o sus procesos digestivos. El *wit* de Johnson marca el estilo de sus mejores conversaciones, pero Boswell, como diarista, no hace distinciones entre las opiniones serias y los comentarios sobre la cocción de una pata de cordero o las redondeces de una señora, y los atesora a todos en el diario (y los lleva con pocas variantes al libro). Las conversaciones tuvieron lugar en tres meses del año 1663 (en los que el escocés Boswell vivió en Londres, logró ser presentado a Johnson y lo siguió día y noche) y luego esporádicamente a lo largo de años; a la muerte de Johnson en 1784, los editores le pidieron a Boswell una pronta biografía, pero él prefirió hilar minuciosamente la multitud de sus notas; la falta de información sobre algunos períodos de la vida de su sujeto la suplió intercalando cartas y otros documentos heterogéneos. La biografía, aunque está lejos de los cánones modernos del género y ha sido blanco de muchas objeciones, pasó a convertirse, para la posteridad, en mediador indispensable para el conocimiento del Johnson: en el futuro, iba a ser casi imposible que alguien hablara del erudito inglés sin mencionar al mismo tiempo a su biógrafo escocés. El ensayista Thomas Macaulay escribió que Boswell era un “pesado, vanidoso, débil y parlanchín” pero que su libro era la mejor biografía de todos los tiempos.

Un rasgo que siempre ha llamado la atención de los críticos es que Boswell – hijo de un noble de menor rango cuyos mayores intereses, fuera de la proximidad de

literatos famosos, eran la disipación y los viajes – no es pudoroso a la hora de relatar inconveniencias en las que incurre su biografiado o situaciones en las que él mismo queda expuesto o en ridículo o, empezando por el trato áspero que recibió de Johnson el día en que se le presentó en una librería. Esa falta de inhibiciones es vista por Macaulay como una clara evidencia de la falta de discernimiento de Boswell; Carlyle, en cambio, opinó que debajo de esos rasgos había una intuición firme sobre lo que valía la pena, buenas facultades de observación y aptitud dramática. El precedente de Carlyle y su propia facilidad para ver todo en términos de artificio literario cooperaron para que Borges, en cambio, viera en el presunto candor de Boswell una técnica literaria (crear ciertos efectos mediante la introducción de un personaje ridículo). En su *Introducción a la literatura inglesa* y en sus idiosincráticas clases, Borges dedicó mucho tiempo y entusiasmo a la dupla Johnson-Boswell (en comparación, por ejemplo, con el lugar que les reservó a los monumentos literarios de Milton, Pope o Shakespeare); desproporción muy acorde a su peculiar estilo de leer lo interesante en los márgenes de lo que las grandes literaturas consagran como central.

Aun cuando la influyente crítica victoriana instaló de un modo perdurable la paradoja de un James Boswell menos sagaz que su obra, la huella del biógrafo pasó de la literatura y del género biográfico al idioma inglés. Ser “el Boswell” de alguien (*my/your/his/her Boswell*) es una expresión idiomática que significa pegársele a alguien y estar pendiente de sus palabras y acciones. También existe el adjetivo *Boswellian*: un *boswelliano* es definido en el Merriam Webster como “alguien que registra en detalle la vida de un contemporáneo por lo general famoso”; otro diccionario lo define como “un asiduo y devoto admirador, estudioso y registrador de los dichos y los hechos de otro”. R. C. S. Trahair en su diccionario de epónimos explica que Boswelliano es un “estilo de biografía o de relato de vida observante y devoto” (R.C.S. Trahair, *From Aristotelian to Reaganomics A Dictionary of Eponyms with Biographies in the Social Sciences*, Westport, Greenwood Press, 1991).

En un tramo del relato de Arthur Conan Doyle “Escándalo en Bohemia”, Sherlock Holmes llama a Watson “mi Boswell”. “Soy tu Boswell”, le dice Borges a Bioy, al recordarle algo que el amigo había afirmado en el pasado y ya no recordaba, según registra el diarista Bioy en una de sus entradas.

La afición por *Vida de Samuel Johnson* fue una pertenencia literaria que Borges y Bioy Casares compartieron. En su breve memoria sobre Borges “Libros y amistad”, a la hora de evocar las obras y autores de los cuales hablaban con frecuencia, Bioy menciona a Johnson en el primer lugar. En cuanto al biógrafo de Johnson, Bioy llegó a considerarlo más atractivo que su biografiado: en una charla en México en 1991, por ejemplo, sostuvo que, si bien Johnson le parecía un autor importante, prefería leer a Boswell.

En la segunda mitad de la década de 1940, Borges y Bioy propusieron a la editorial Emecé una colección de obras escogidas de autores clásicos. Como parte del plan, trabajaron entre 1945 y 1946 en la selección de textos para una “Suma Johnson-Boswell”; Bioy se encargó de preparar un prólogo (nota martino). El libro no llegó a salir: por razones comerciales la editorial desistió del proyecto en 1946. Del año siguiente (1947) data la primera entrada de diario de Bioy sobre Borges. La proximidad entre una y otra tarea sugiere una relación entre la frecuentación de Boswell por Bioy su decisión de empezar a registrar las conversaciones de Borges en un diario.

Genero libérrimo en su organización y temas más allá de la característica estructural estable de proceder por “entradas” fechadas, el diario aparece como lo opuesto al tipo

de escritura que consagró a Bioy: las historias fantásticas de trama hiperconstruida y económica. Sin embargo, el propio Bioy ha hecho comentarios, no siempre tenidos en cuenta, sobre la diversificación de sus intereses de narrador.

En 1940, con *La invención de Morel*, Bioy perfecciona el tipo de novela corta de argumento fantástico y construcción rigurosa a la cual está más asociada su fama; Borges contribuyó a consagrar ese perfil con su énfasis de entonces en la “imaginación razonada”. Elaborados argumentos con mundos paralelos, aparatos mágicos de simulación, mecanismos mágicos de detención del tiempo alimentan la literatura del Bioy de *Plan de evasión*, *La trama celeste* y *El perjurio de la nieve* y otros textos de los años 40 que confirman su ideal de entonces de una literatura “deliberada”. Bioy alguna vez aludió a ese período como su época “de la invención y la trama” (En conversaciones con Noemí Ulla. Ulla, Noemí, *Aventuras de la imaginación: de la vida y los libros de Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, Corregidor, 1990).

Hacia los años 50 del siglo XX, en la narrativa de Bioy se produce lo que se ha llamado un “giro hacia lo coloquial” (Ulla, Noemí. *La insurrección literaria: de lo coloquial en la narrativa rioplatense de 1960 y 1970*, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1996). Cambia los ambientes exóticos de la literatura fantástica por ambientes de Buenos Aires y tipos barriales; avanzan la ironía, el humor y la observación de modos de hablar, el “tono porteño heredado de Cancela”: montados sobre historias que el escritor llamó “de amor” o sobre aventuras en barrios como dormidos en el tiempo. Las máquinas de transportar en el tiempo, las mutaciones inexplicables y demás artificios de la línea Wells o Stevenson no se esfuman instantáneamente, pero entran en otras combinaciones, en este nuevo costumbrismo irónico. Es el Bioy de *El sueño de los héroes* y *Diario de la guerra del cerdo*, por ejemplo. El propio escritor tematiza en términos de una suerte de camino de Damasco esa reorientación de sus intereses literarios: “caminado entre los pinos de Punta del Este, llegué a la conclusión de que yo había escrito bastante sobre lo que no entendía y que nadie entendía y que era hora de escribir sobre lo que entendía un poco. Quise pasar del género fantástico a hechos de la vida, sobre todo a historias sentimentales” (Bioy Casares, Adolfo, *Memorias*, Barcelona, Tusquets, 1994, pág. 170).

¿Puede haber dos ideales de perfección? se pregunta Bioy en otro ensayo de los años 60. Y sugiere que tal vez cabría postular “uno para autores nuevos, que tolera únicamente lo indispensable, y otro para maestros, que acoge lo superfluo y la digresión (por donde entra la vida en los escritos)” (*Ibi*, p. 138).

Los géneros misceláneos no contaban con la bendición de Borges, cuya estética privilegia una idea de producto acabado y que solía considerar que un escritor se ponía “póstumo” no bien decidía publicar libros de ese género. En su producción tardía, Bioy desafía el precepto borgeano: “misceláneas, género que me gusta y que mis interlocutores más inteligentes suelen rechazar con menosprecio”, dice en sus *Memorias* (publicadas en 1994) a propósito de *Guirnalda con amores* (*Memorias*, p. 171).

En la década previa a su muerte, Bioy publicó las *Memorias*, más un cuaderno de *commonplaces* (*De jardines ajenos*, 1997) y *De las cosas maravillosas* (Temas, 1999) y después de su muerte apareció *Descanso de Caminantes*, subtítulo *Diarios íntimos* (2001). El carácter menor de los géneros autobiográficos en las jerarquías canónicas no parece ser para él un problema, ya que le dedica consideraciones importantes, dentro de su corta escritura ensayística, a los diarios de Léautaud, a las memorias de Frank Swinnerton, el epistolario de Santayana (“Las cartas de Santayana”) y al libro de confidencias de Benjamin Constant (“*Cécile*, o las perplejidades de la conducta”);

también demostró haber frecuentado los diarios de Arnold Bennett, de Samuel Pepys, de Coleridge y de Jules Renard.

En una reseña sobre David Garnett, Bioy señala que los diarios íntimos ofrecen al escritor una forma de resolución de la tensión entre obra y vida con la cual siempre se enfrentan, "una solución no demasiado grata porque la recompensa de ver publicado el trabajo se reserva para la vejez y, aun, oh ironía, para la posteridad" (Bioy Casares, Adolfo, *La otra aventura*, cit., p. 135).

Los diarios reunidos en *Borges*, sin embargo, se recortan de esa tradición de las escrituras "íntimas" por la excepcionalidad que les confiere, en relación con el género, y resultan ser un desarrollo de la paradójica observación de Wilde de que "llevar el diario de otro" es el único empeño autobiográfico verdaderamente justificable.

